
Postmodernidad y Santo Domingo

*Alberto Echeverri, S.J.**
*Leonardo Rincón, S.J.***

En más de un latinoamericano la palabra *postmodernidad* suscita una sonrisa benévola pues percibe que cosas como ésta instalan en problemáticas burguesas que nada tienen que ver con la brega cotidiana por la paz y la justicia. Pero hace ya varios siglos la Iglesia prefirió ignorar los fenómenos provocados por la modernidad que brotaba entonces. Y cuando se decidió, por fin, a dialogar con ella, los acontecimientos habían desbordado a tal punto la historia humana que la interlocutora de los creyentes estaba muerta. Lo cierto es que ahora esa historia puede proseguir su curso sin que nosotros despertemos ante ella.

Las páginas siguientes buscan presentar una perspectiva de la postmodernidad que dé aires renovados a la propuesta evangelizadora de la asamblea episcopal de Santo Domingo. El trabajo de Leonardo Rincón (I) sintetiza la discusión filosófica y cultural entre modernidad y posmodernidad. Y el de Alberto Echeverri (II) cuestiona la incidencia de esa problemática en la celebración misma de la IV Conferencia y desde ella en el futuro de la Iglesia latinoamericana.

* Doctor en Teología Espiritual - Universidad Gregoriana (Roma), Profesor de la Facultad de Teología - Universidad Javeriana. Miembro del Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios CIRE, Bogotá.

** Licenciado en Filosofía. Alumno de VII período académico, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, Bogotá.

I. LA DISCUSION FILOSOFICA Y CULTURAL ENTRE MODERNIDAD Y POSTMODERNIDAD

1. Modernidad

El término *moderno*, entendido negativamente, aparece a finales del siglo XVII en Francia y en contraste con la edad antigua. Los historiadores han colocado su origen en el Renacimiento, presentando como principal característica el triunfo de los intereses laicos sobre la visión religiosa, el surgimiento de una ética política intramundana, antropocentrismo histórico, desarrollo de la ciencia, etc.

La modernidad logra desvincular sujeto y objeto. Sin Dios y sin mundo, el hombre se repliega sobre sí y se convierte en el centro del universo. La filosofía moderna reduce el espíritu humano a la razón, la cual se atomiza en racionalidades autónomas e inconexas y/o se eleva al máximo del saber. Y, en medio de todo, es la razón científico-técnica la que domina.

Rasgos característicos de la modernidad son, pues:

- a) Proceso de racionalización. Un hombre autónomo y una sociedad organizada alrededor de lo económico y lo burocrático estatal.
- b) La economía como centro, producto de relaciones sociales, desplaza la religión a la periferia.
- c) Cosmovisión desacralizada, pluralista, descentrada, secularizada. No hay una ideología única. Relativismo. Cuestionamiento de una verdad-fundamento. Sociedad pluralista de politeísmo de valores (dioses y demonios).
- d) Razón con varias dimensiones o esferas autónomas. Atomización de espacios. Dificultad de unificación o interacción mutua.
- e) Adquiere preeminencia la razón científico-técnica que oscurece las otras. Se confunden razón y racionalidad científico-técnica.
- f) Instituciones sociales tecno-económicas y burocrático-administrativas. No conciencia de pertenencia ni de arraigo.

g) Hombre celoso de su autonomía con manifestaciones de hiper-individualismo narcisista. Relaciones funcionales: “cuanto tienes y/o sabes, tanto vales”.

2. Postmodernidad

1. El hecho

El término *postmoderno* fue utilizado por primera vez en los años 70 por el arquitecto Paolo Portoghesi, para mostrar formas eclécticas, tipo síntesis. Posteriormente lo introdujeron Ihab Hassán en literatura y más tarde Jean Francois Lyotard en filosofía, hasta emplearse hoy en las diversas disciplinas como un término común en la jerga diaria.

La postmodernidad es tan reciente que no se puede juzgar definitivamente. Más aún, sobre ella hay concepciones contradictorias: que está en contra de la modernidad, que es su continuación, que busca explicitarla...; los diferentes sentidos, las diferentes disciplinas que nos hablan de ella; su uso desafortunado por otros, nos muestra que ha sido llevada a los extremos: apologías desmedidas o críticas sin fundamento.

El término refleja novedad, pues el prefijo *post* hace pensar en un período histórico. No es tan exacto. Con todo, agotada la modernidad se inicia una nueva época. O, si se quiere, la crítica al interior de un proyecto inconcluso, como dice Haberman. El asunto es que posee una relación estrecha con la modernidad que no se limita a lo filosófico sino que aborda otros asuntos de tipo político, religioso, etc.

Definir la posmodernidad no es fácil dada la proximidad del fenómeno, pues el término se desgasta por las comprensiones diversas, y bien contrastantes, que hay sobre ella.

Podríamos decir, entonces, que más que una época es una condición, una conciencia de que las cosas ya no son como antes.

Para *José María Mardones*, la postmodernidad es una moda y como tal hay que conocerla, para conocernos mejor. Necesariamente lleva a una reflexión sobre la modernidad, lo cual requiere hondura que va más allá de la moda. Implica diálogo

con sus principales exponentes: Lyotard (Francia), Vattimo (Italia) y Rorty (USA). Entre ellos hay cosas comunes y también diferencias que hay que conocer.

Por su parte, *Pedro Maza Bazán*, no duda en afirmar que la postmodernidad es un estilo de vida y también una manera de pensar. Es un estado de ánimo y, si se quiere, pesimista. El mundo, de alguna manera, es incambiable. Es así y punto. Por eso significa inhibición respecto de los asuntos públicos, el cambio, la justicia. Todo lo cual, sin duda, afecta los valores. Si la modernidad prometía cambios, la postmodernidad desenmascara esas falsas promesas.

Coincide con Maza *Fernando Savater* quien llama a este fenómeno el *pesimismo ilustrado*. La tesis que pretende mostrar es que a mayor ilustración, mayor pesimismo, ¿Y qué es pesimismo? Una disposición teórica fundamental referida a propósitos y resultados de la acción humana. Es una perspectiva práctica más que una concepción del mundo. Considera que los más altos ideales humanos: felicidad, justicia, solidaridad, nunca pueden ser conseguidos de modo satisfactorio.

Norbert Lechner no vacila en asegurar que nos encontramos en un típico ambiente posmoderno. Lo que se pregunta es si la postmodernidad es otra moda intelectual importada y, por tanto, otra frustración. Y si no será mejor, como moda, para Europa o los Estados Unidos que para la América Latina.

Constata que hay una sensibilidad muy grande ante este tema, que no puede pasar desapercibida. En América Latina, por ejemplo, llama poderosamente hoy la atención: foros, estudios, escritos, abundan al respecto. Los temas de debate no son, entonces, sólo para europeos o norteamericanos.

Gianni Vattimo, uno de los principales autores de la postmodernidad, duda del fin del modernismo. Cree que el mundo postmoderno en vez de ser estable, fijo, permanente, es acontecimiento, consenso, diálogo, interpretación. En suma, oportunidad de un nuevo modo de ser humano.

Postmoderno supone haber superado lo moderno, pero habrá que entender lo que se entiende por moderno, lo no-reaccionario. “La modernidad deja de existir cuando... desaparece la posibilidad de seguir hablando de la historia como entidad unitaria”, ordenada alrededor de un acontecimiento: Cristo; y de un espacio geográfico: occidente (Europa), fuera de lo cual todo lo demás queda al margen, no

hace historia. Esto refleja, por supuesto, un carácter ideológico, sesgado, excluyente y equivocado porque aunque lo pretendiera, no puede ser Occidente la realización de la civilización.

Asegura que la irrupción de los medios de comunicación social ha ayudado a mostrar una sociedad que no es homogénea sino compleja y caótica, lo que posibilita numerosas concepciones del mundo y, por ende, pluralidad, oscilaciones y erosión del principio de realidad. Y es que, como dice Lyotard, han sido los medios los que han *disuelto* los grandes relatos: ¡nos presentan concepciones muy diversas del mundo! Hemos llegado a una pluralización irresistible.

Es allí donde ha de darse la emancipación, entendida como desarraigo de lo convencional y lo uniforme, sin que esto signifique anarquía, sino liberación. Es tomar la palabra, es respetar las múltiples racionalidades, es no creer que hay una única razón desde la cual todo se ve, analiza, funciona. No es pretender sólo la autenticidad o la autoafirmación, es desarraigo de un patrón único de identidad. Es valorar lo mío y también lo de los otros, la diferencia, la contingencia y la limitación. Es tener conciencia de finitud. Es, quizás, ser más humanos.

Hay, también, quienes hablan de que no ha habido un paso directo entre la modernidad y la posmodernidad. Se refieren a la *transmodernidad*. En ella ubican los puntos débiles de la modernidad: una razón inficionada de intereses, por ejemplo. Por eso Husserl, Heidegger, Weber y la Escuela de Frankfurt se constituyeron en severos críticos de la razón, no para caer en el nihilismo sino para hacerla más fiel a lo real. Serán los adalides de una *Ilustración de la Ilustración* o del liberar la razón de las manipulaciones a que estaba sometida por la filosofía moderna. El problema de la transmodernidad estriba, a juicio de *Manuel Ureña Pastor*, en que plantea críticas sin alternativas, tendencias hacia el agnosticismo teórico, nostalgia de una *razón canónica*.

Para este autor, la postmodernidad es una nueva *episteme*: el rechazo de todo ideal de fundamentación, de toda ambición de totalidad, cuyo énfasis está en el pluralismo, la diferencia y el descentramiento.

Alfred Ducharme, por otro lado, asegura que hay dos tendencias de la postmodernidad: el rechazo ontológico de la filosofía occidental y de las instituciones y el desarrollo de sectas, nacionalismos, comunidades pequeñas, con su consiguiente compromiso ideológico con las minorías políticas, sexuales y de lenguaje.

En la postmodernidad -entendida como crisis de la modernidad- la única universalidad aceptada es la de la pluralidad. La libertad en la modernidad fue transformada en alienación. Su error: querer ignorar la tradición, establecer nuevos discursos y nuevas formas de pensamiento. Su desencantamiento la lleva a entregarse al azar. Frente a esto, los más críticos de la posmodernidad afirman que es una polifonía sin proyecto común, que va despacio porque no tiene donde ir: le falta teleología.

Sumando y restando, la postmodernidad, más que un tiempo, es un talante. Es pérdida de confianza en la razón y en los grandes proyectos de realización humana. Es el desencanto con una modernidad que no cumplió sus promesas de ideas claras y distintas y que llegó a degenerar en una sociedad tecnócrata y alienadora. La razón, que se hizo para liberar al hombre, terminó esclavizándolo. El lenguaje, que está hecho para construir cultura, es hoy polisemia, dialecto.

Es la modernidad la que ha desarrollado sus propios mitos y ha descubierto su propio autoengaño. La cuestión es que más que acabar con la modernidad, lo que se pretende es corregir errores, hacer replanteamientos, re-descubrir la genuina modernidad. Se trataría, según Lyotard, de reformarla en su sentido original y darle cumplimiento.

Lo que suele llamarse postmodernidad es la forma de distinguir la unión entre la ética y la estética. La multiplicidad característica de la época hace que ya no haya ciertos patrones estéticos universales, sino que el fenómeno culinario, la pequeña fiesta o el juego como parte de la cotidianidad pueden ser considerados como obras de arte. Son las relaciones sociales mucho más allá del ser-con-otros, es la socialidad como solidaridad, comunicación, preocupación del presente. Es rescatar lo dionisiaco en un contexto donde se le mira con reservas, es valorar los fragmentos.

2. Características

Una crítica a la modernidad se puede precisar en los siguientes puntos:

1. *Desencanto de la razón:* ¡Se sabe demasiado sobre sus miserias! Es interesada, parcializada, sesgada. No es espejo de la realidad. No hay una razón omni-identificadora. Rechazo a la razón que se expresa de mil maneras, mil racionalidades. Hay un desencanto ante ella pues ha ofrecido un principio de validez universal. Hay desencanto porque hubo ilusiones. A

la vez hay un llamado a la reunificación o, lo que es igual, a una dimensión constructiva que es el elogio de la heterogeneidad.

2. *Aceptación de la pérdida de fundamento*: De lo anterior se colige que la reflexión no podrá encontrar, entonces, un punto fijo. Contrario a los modernos que se turbaban por esto, el postmoderno no se lamenta de ello y, más bien, avizora un tiempo de indeterminación.

3. *Rechazo de los grandes relatos*: Porque no son más que teorías que han justificado abusos so pretexto de salvación (incluidos desde el cristianismo hasta el marxismo). Son sólo narraciones, cuentos, formas de vida (juegos lingüísticos) plurales e irreconciliables. Por eso es mejor la heterogeneidad aunque signifique una amenaza de fragmentación -a no ser que se complemente con una visión de comunidad y de consenso-.

No existe una teoría que posea la clave para entender el proceso social en su totalidad. Hay un recelo frente a todo discurso omnicomprensivo. Un *no* a las intenciones totalitarias. El saber y el poder están relacionados. Se relativizan las normas. Hay una cercanía grande a la anarquía. En el fondo lo mismo: rechazo a nociones de totalidad. La ética será, por tanto, provisional.

4. *Fin de la historia*: Dado que no hay grandes relatos que marquen un sentido, esto se ve como la posibilidad de realizarse en la inmediatez. Renuncia a toda posible utopía de unidad, reconciliación o armonía universal.

5. *Estetización general de la vida como política*: Tendencia hacia el neo-conservadurismo. Se critica la incoherencia entre teoría y praxis no realizadas.

Entonces, los términos claves, como sinónimos, de este fenómeno son: “apertura, heterodoxia, eclecticismo, marginalidad, revuelta, deformación, desintegración, desplazamiento, discontinuidad, fragmentación, incredulidad, ruptura, caos...”.

La postmodernidad no se opone a la modernidad sino a determinada modalidad: la racionalización que Weber consideró como característica de la modernidad. La cuestión es que la modernidad se redujo a esto.

El desencanto, más que de la modernidad, es con la modernización. Entonces, la postmodernidad es ruptura con esa modernidad que es hegemónica, pero que no es la deseada. El desafío está en repensar un proyecto de modernidad y en articular las

diferencias sociales con las que tenemos que contar y que hay que valorar. Entonces, la posmodernidad podría renovar el impulso crítico y reformador de la modernidad.

Se da, entonces, un desencanto de la *redención*. Al no tener claro el futuro se cae en el inmanentismo del presente, lo que puede resultar positivo si se toma como vivir el aquí y el ahora sin esperar *tierras prometidas* que nos hagan desvalorar y sacrificar el presente. El peligro está en la pérdida del sentido o, lo que es lo mismo, pérdida de la historia misma.

3. Religión, Iglesia y cristianismo en la postmodernidad

Antes, Dios era el centro. Hoy, está ausente. No por militancia atea, más por indiferencia agnóstica. El hombre hoy es arreligioso. Lo religioso ha pasado a un segundo plano. Se ha dado cabida a la secularización. Lo sobrenatural o trascendente poco le importan. El dominio de la racionalidad hace que no se formule preguntas sobre el Absoluto, sobre el sentido.

La religión, además, se ha privatizado. Se ha hecho una religión *a la carta* de acuerdo al ethos de la sociedad consumista: se aceptan unos dogmas y otros no, Evangelio y Corán se mezclan, las espiritualidades se venden como en un supermercado. Y es que el mundo se ha vuelto más individualista, más hedonista -del goce del aquí y del ahora-. Los jóvenes vibran con la figura de Juan Pablo II, por ejemplo, pero no hacen caso, en la práctica, a sus enseñanzas. No se confía en la Iglesia, pero tampoco hay abierta hostilidad hacia ella.

Existe el fenómeno religioso pero se ha trivializado en horóscopos, imágenes, supersticiones, terapias diversas, cultos, sectas, experiencias místicas de tipo oriental, esoterismos, etc.

Maza Bazán afirma que no había acabado la Iglesia de comprender la modernidad cuando apareció la posmodernidad atacándola: no tiene utopía, su generosidad ha desaparecido.

Para Maza, Iglesia y modernidad son las instituciones que configuran la conciencia individual a nivel de:

• *Sistema de producción industrial*: el *homo-faber* y la fascinación por la ciencia. La naturaleza pasa a un segundo plano: ya no está transida de divinidad.

• *Mercado ideológico*: pluralidad de cosmovisiones que quieren salvar al hombre. Decae la cosmovisión cristiana y se imponen el relativismo y el escepticismo. La religión es cada vez más privada.

• *Regreso de lo religioso*, pero trivializado: en horóscopos, sectas. Es un politeísmo positivista. La fe a la intemperie. La amoralidad se da si no hay una defensa de los débiles.

Entonces, a la Iglesia se le plantea el reto de recuperar la utopía evangélica, de ser alternativa viable, de ser la voz solidaria de los pobres. Si no lo logra, afirma enfáticamente Maza, habrá perdido su encuentro con la posmodernidad.

Ureña Pastor cree que la actitud posmoderna conduce a aletargar la vida creyente. La militancia cristiana se ha convertido en convivencia pasiva con todos los credos e ideologías. Se olvida la dimensión crítica del evangelio. El mono-teísmo pasa a un segundo plano. Es una religiosidad blanda que coexiste sin problema con otras ideologías. La religión se fragmenta: ya no es la sólida unidad que, por ejemplo, se veía en la ética de los 10 mandamientos. Pero lo más grave es la increencia a la que se ha llegado, con una falta de fundamento, un gran sin-sentido del dónde, qué y hacia dónde del vivir humano.

Mardones nos habla de la crítica postmoderna a la religión: con el asunto de la *muerte de Dios*, este *ateísmo contemporáneo* confronta directamente toda pretensión de religión o teología de la presencia objetiva del Absoluto.

Su crítica se constituye en punto de partida para un diálogo con el cristianismo:

a) Depuración drástica de los ídolos de Dios a través de un nihilismo positivo posmoderno.

b) Atención cuidadosa a legitimación de cosmovisiones o de proyectos de hombre y sociedad por la vía del relato de salvación cristiana (por ejemplo, legitimar el proyecto de la modernidad).

c) Impulso a una estética de la religión de lo sublime, cultivadora del silencio

frente al Absoluto y contemplativa de su presencia-ausente en el ahora de cada acontecer.

El ateísmo de hoy no es el de Feurbach o Marx sino el Nietzscheano: Dios no es contrincante del hombre sino el Imposible absoluto que se desvanece en la experiencia radical de la relatividad de todo.

En cuanto a la relación postmodernidad y Dios Cristiano nos dice que al confrontar de manera *interesada* el uno y el otro encontramos elementos muy valiosos para tener en cuenta:

a) Asumir positivamente el pensamiento postmoderno supone hacer una autocrítica respecto de la forma como se habla de Dios, pues se corre el peligro de representarlo conceptualmente (y esto es inadecuado) y por tanto caer en la sospecha de una ideología. Es más, también se invita a superar su representación por la vía de la experiencia. La salida está en combinar los dos: experiencia y concepto.

b) El misterio se salvaguarda cuando se cae en la cuenta de que la realidad que nos rodea es plural y apofática. Esto supone un pensamiento contemplativo, primitivo, abierto a la originalidad de las cosas y un yo desasido de su posesión.

c) La estética postmoderna encuentra su correspondencia cristiana en la hierofanía de Dios en medio de los pobres. Se niega sistemáticamente la falsa consolación espiritual y el confundir como posmoderna una estética trivial.

d) El postmodernismo recuerda a la fe cristiana que su encarnación está desasida de toda cultura y que por lo tanto no se puede utilizar al Dios cristiano como garante o legitimador de sistemas o ideologías, llámense capitalista o socialista.

e) Se hace memoria subversiva del Dios de Jesucristo frente a los ídolos posmodernos de pérdida del sujeto, liquidación de la historia, recuerdo de injusticias y atonía moral.

4. Postmodernidad y teología

Mardones asegura que la teología en la postmodernidad se ve desafiada a ser verdaderamente ecuménica, dialogal, plural, universal (y en este sentido: ¡católica!). El cristianismo debe volcarse a las culturas buscando el diálogo interreligioso e intercultural, no encerrándose en Occidente sino abriéndose a la pluralidad, apoyado en las experiencias del Reino de Jesús y de Dios como *Abba*.

Nuevas líneas teológicas son:

- a) *Ecumenismo crítico*: diálogo con las grandes religiones para ponerse al servicio de la paz, la justicia, la libertad y la solidaridad universales. Eso requiere mutuo conocimiento, mutuo esclarecimiento crítico y apertura recíproca a una transformación.
- b) *Teología de liberación* de los pobres de la tierra: optar por la mayoría pobre de este mundo. Tiene un componente político, sin duda.
- c) *Teología mística* que sea sabiduría y no solo *logos*. Una reflexión que lleve a la experiencia del Misterio. Una teología política en cuanto no desencarnada.
- d) *Teología narrativa*, bíblica, que recupere la memoria de Jesús y su seguimiento, que deje ser a Dios-Dios y al hombre-hombre. Una teología de relatos breves y no de metarrelatos supuestamente universalistas pero que están al servicio de unos pocos.

Hans Küng asegura que la postmodernidad, como término heurístico, implica búsqueda.

La Iglesia tendrá que optar entre el Vaticano I y el Vaticano II, con lo que cada uno de estos acontecimientos eclesiales connota: verticalismo o cercanía, centralismo o pluralidad, dogma o diálogo.

La postmodernidad lanza unos cuantos retos a la teología:

- a) *A nivel bíblico* rescatar lo novedoso del Evangelio. Presentar un Dios auténtico, sin figura masculina de Padre, Señor y Juez, y más bien buscando ver lo maternal que tiene en sí.

b) *A nivel histórico*: el tiempo no es lineal sino dialéctico. Se rechaza todo esquematismo. Se debe buscar la simbiosis entre sociedad humana y entorno natural. Además, deberá integrar plenamente a la mujer. El paradigma es la humanidad entera.

c) *A nivel ecuménico*: ad-intra del cristianismo y entre religiones y culturas. Preguntarse por lo específicamente cristiano. Lectura de la biblia desde cada cultura. Lo ecuménico incluye también los sexos.

d) *A nivel político*, finalmente, la relación teoría-praxis es fundamental, lo que no significa politizar la religión. No puede, además, haber solo una teología política que pretenda abordar toda la realidad. Debe ser mundial, pensada en grande.

La dicotomía fe-razón, gracia-naturaleza, Iglesia-mundo, teología-filosofía, cristiano-humano, donde lo uno es más y lo otro menos, se ha invertido. ¡La cuestión es pasar a la posmodernidad sin haberla integrado en diálogo con la modernidad! Estas dicotomías, entonces, habrá que superarlas.

Así las cosas, una teología verdadera:

a) debe dar razón de su fe, dentro de la Iglesia de Cristo, al servicio de la *unidad*;

b) debe ser una teología de la liberación al servicio de la *autoridad* de la Iglesia;

c) debe ser una teología crítica, al servicio de la *edificación* de la Iglesia. Una teología ecuménica, entendible, respetuosa y dialogante con posiciones contrarias, interdisciplinaria, actual en su problemática, con el Evangelio como verdadera norma-normativa-no normada, clara en su lenguaje, relacionada con la praxis. Al mismo tiempo debe ser: católica (= universal), tradicional, cristocéntrica, teórica y pastoral. Debe ser buscadora de la Verdad.

5. Posmodernidad y neo-conservadurismo

Es Haberman quien asegura que los postmodernos son unos neoconservadores.

El desencanto del que hemos venido hablando se convierte en valor postmoderno y se torna en una actitud profundamente conservadora. Se da un sentimiento de precariedad y desconcierto. Si la modernidad nos forjó tantas ilusiones y todas (o casi todas) ellas fracasaron, entonces hay que volver atrás. *Todo tiempo pasado fue mejor*, pareciera ser el aforismo de quienes nunca creyeron en la modernidad y hoy creen que el tiempo les ha dado la razón.

Ante el postmodernismo, una primera cuestión para tener en cuenta es si efectivamente se puede vivir sin esos relatos, sin esas grandes ideas o principios, sin caer en totalitarismos, en abusos por parte de los dominadores, en anarquías que no nos permitan distinguir entre un atentado terrorista y una reivindicación ecologista.

Otro asunto es la *estetización* de la vida con el peligro de forjar un hombre débil, a-crítico y desmemoriado, insensible ante el dolor humano (especialmente los más pobres), como representante de una cultura anoréxica, desganaada, obesa, cansada. Si no se quiere un sujeto así, hay que dotar entonces a la persona de sentido crítico, orientación moral y visión patética de la historia.

En el fondo de ese principio debe estar la óptica en favor de los desvalidos y los vencidos de la historia. Es la solidaridad entendida como compasión (no sentimiento blando, sino como compromiso con aquellos que no han tenido acceso a la felicidad y a su condición de seres humanos). Este es el punto de encuentro con la teología y todo lo que ella puede aportarle.

Resumiendo lo anterior:

1. El pensamiento postmoderno con su defensa de un pluralismo de juego de lenguaje no permite disponer de un criterio para discernir las injusticias sociales. Nos deja en el status-quo sin crítica. Lejos de apoyar una democracia, apoya injusticias vigentes. Por tanto, es sospechoso de neo-conservadurismo.
2. La comunicación es la salida ante los peligros que el mismo posmodernismo denuncia.
3. Se defiende, entonces, críticamente, la universalidad de la razón para una vida más justa y más humana. Aunque esa universalidad haya de adaptarse a las tradiciones culturales concretas, la óptica desde la cual se mirará todo

será la del recuerdo de los sufrientes de la humanidad. Será la solidaridad compasiva con los muertos y vencidos.

6. Retos que nos quedan

Para *Mardones*, el desafío postmoderno es llamarnos a dialogar con el fragmento. La postmodernidad es una sensibilidad actual que no es patrimonio de una élite intelectual sino que expresa el pensamiento y sentir de mucha gente hoy en occidente.

Para entender el llamado de *Gaudium et Spes* (No. 4), una tarea ineludible es el diálogo, para escrutar los signos de los tiempos, interpretarlos a la luz del Evangelio y responder a los perennes interrogantes de la humanidad.

A la Iglesia Católica se le dificultó (hoy también se le dificulta) dialogar con la modernidad. Es más, fue clara su oposición. No colaboró sino que buscó ser alternativa como *cultura cristiana*, pero no porque fuera diferente sino porque representaba la tradición. Lo *nuevo*, lo *moderno* era estigmatizado como malo y digno de sospecha. La Iglesia se encerró en sí misma como *sociedad perfecta*: su jerarquía y papado se reforzaron en una concepción vertical. ¡Cuando la Iglesia inició su diálogo con la modernidad, ésta se declaró exhausta!

Hasta el Vaticano II habría que esperar. Quienes lo intentaron hacer antes (dialogar) fueron motivo de conflicto, silenciados o excluidos. Vaticano II representa un giro: ¡hay autonomía de ambos, se puede dialogar!

Pero ese diálogo con la modernidad ha tenido sus peligros: que la Iglesia quiera seguir teniendo la última palabra de todo; que al ver algunos resultados del modernismo surja una actitud neoconservadora para confirmarse en sus dudas acerca de la reconciliación Iglesia-modernidad y justifique el status-quo capitalista.

1968 marca el inicio de la nueva época: sospechas, dudas, preocupaciones ante el *fracaso* moderno. Se vive en la cultura del fragmento: se carece de un proyecto universal, el hombre se refugia en la subjetividad exacerbada, en narcisismo, en el goce del aquí y ahora, en el consumismo. El hombre nada en la pluralidad del fragmento, en la trivialidad, el sin sentido. Para la Iglesia no es fácil: entrando en diálogo con la modernidad, ésta se transforma en fragmento... ¡será más difícil el diálogo!

A la Iglesia que vive en *invierno eclesial* al decir de Karl Rahner, no le queda otra salida que aceptar la apertura, el reto pluralista universal, el descentramiento, la heterogeneidad.

La tentación es volver al meta-relato, a la uniformidad de pensamiento, al sistema, al no aceptar lo diferente, al afán de la ortodoxia, la defensa de las letras y la tradición... El futuro del diálogo se torna precario. Es aquí donde se confía en el aletear del Espíritu, para quien no hay barreras, para quien se pueden sobreponer los obstáculos, pero también a quien en la historia se le ha bloqueado su actuar en el hombre.

Maza Bazán nos ayuda a concluir: a) Hay que leer los signos de los tiempos; b) La Iglesia no puede, sin más, condenar la postmodernidad; y c) Se debe rescatar la utopía evangélica de la paz y la justicia, sin dualismos, sin espiritualismos individualistas desencarnados, recuperando el profetismo de un Reino que se comienza a vivir aquí. Que es ya... pero todavía no.

El presupuesto que favorece esta posibilidad es que la postmodernidad cuestiona pero no anula: ni la experiencia religiosa (elemento primero y básico), ni el cristianismo (experiencia religiosa concreta, cuestionada por su aletargamiento con el correr de los siglos), ni la teología (espacio de reflexión sobre la experiencia religiosa-cristiana que debe responder auténticamente a las interpelaciones de fondo), ni a la espiritualidad (área de la teología que estudia las plurales manifestaciones neumatológicas en los hombres con una experiencia religiosa-cristiana y teológica concreta).

Si tenemos en cuenta lo que dijimos respecto de las características de la posmodernidad, si tomamos atenta nota de sus cuestionamientos, entonces podremos ir viendo por dónde se ha de dar la respuesta concreta. No nos será, pues, indiferente*.

***Bibliografía**

Ducharme, Alfred. *Les Exercices spirituels... de la chrétienté a la modernité*, en Cahiers de Spiritualité Ignatienne, XVI-63, 1992, pp. 199-207.

Küng, Hans. *Teología para la Postmodernidad*. Alianza, Madrid, 1989.

Lechner, Norbert. *Democracia y Modernidad* - Ese desencanto llamado postmoderno- Revista Foro 10, 1990, pp. 35-45.

II. INCIDENCIA DE LA PROBLEMÁTICA DE LA POSTMODERNIDAD EN SANTO DOMINGO

1. Los enfoques de los diversos Documentos

Lo ponía anteriormente de manifiesto L. Rincón: el asunto de la postmodernidad, según muchos de entre nosotros, alude a una problemática ajena, importada de otras latitudes más que generada en América Latina.

Tal criterio pareciera ser compartido por la reciente IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano. Es protuberante la casi total ausencia del fenómeno en Santo Domingo. De ello da cuenta el proceso arduo y complejo seguido por los documentos que prepararon la asamblea de octubre 92. Y no menos su conducción cuando los obispos del Continente se juntaron allí. Así las cosas, el documento final (las Conclusiones) sólo podía ser la obvia resultante de un forcejeo largo -y desafortunado- por lo que a la posmodernidad respecta.

Un juicio muy negativo de ella daba el *Documento de Consulta (DC)*, en una de sus rarísimas inclusiones de la postmodernidad, relevando sólo sus aspectos alienantes. Considerada como una de las dos vertientes de la *nueva cultura* -al lado de la "cultura popular emergente en América Latina"- y especie de sinónimo de la modernidad, se diría que el documento de 1991 ignoraba o soslayaba, al evaluar de manera laudatoria esa cultura popular, que en ésta subyacen los rasgos propios de una

Mardones, José María. *Postmodernidad y Cristianismo*. -El desafío del fragmento-. Colección Presencia Teológica, No. 50, Ed. Sal Terrae, Santander, 1988.

Maza Bazán, Pedro. *Para entender la postmodernidad*. Selecciones de Teología 30/118, 1991, pp. 154 ss.

Melo, Jorge Orlando. *Algunas consideraciones globales sobre "Modernidad" y "Modernización" en el caso colombiano*, en *Análisis Político* 10, 1990, pp. 23-35.

Colombia, El despertar de la Modernidad, Foro Nacional por Colombia. Bogotá, 1991, pp. 225-247.

Ureña Pastor, Manuel. *La postmodernidad está servida*. Vida Nueva 1673, 1989, pp. 25-34.

Vattimo, Gianni y otros. *En torno a la postmodernidad*. Ed. Anthropos, Barcelona, 1991.

postmodernidad todavía no percibida por quienes la viven pero urgida de señalamiento por cuantos sí tienen la posibilidad de advertirla¹. Menos aún puede entenderse el pronunciamiento del texto a favor de la posmodernidad si su precedente apreciación ha sido tan negativa:

“Todo hace prever que tales valores (los de *la inculturación del cristianismo*) podrían ser más fácilmente acogidos y entendidos por la nueva cultura postmoderna que por la cultura materialista de la modernidad”².

Nada extraño que un análisis tan expeditivo no tenga ningún influjo sobre las “líneas pastorales” que muestran la proyección del tema hacia el porvenir de la evangelización.

En forma análoga, el *Documento de Trabajo (DT)* incluirá en un apartado de la cultura moderna a la postmoderna. Sucede aquí, a la negativa del DC, una valoración ambigua del fenómeno³. En la misma línea inclusiva, reunirá dentro de la *cultura urbana* -que hace parte de la “mirada pastoral a la realidad eclesial latinoamericana”- los rasgos de modernidad y postmodernidad para concluir en el reconocimiento de la débil provisión, por parte de la Iglesia, a una pastoral de las grandes urbes⁴. Tampoco sorprende que el argumento no merezca más adelante una “iluminación teológico-pastoral”.

Las consecuencias, lo anotábamos atrás, eran de esperarse. Dos referencias explícitas, en apariencia programáticas del entero documento de *Conclusiones (SD)*, ofrece el “índice temático” de la edición oficial: corresponde el primer ítem al capítulo I de la Segunda Parte (“Jesucristo evangelizador viviente en su Iglesia”), y el siguiente al capítulo III de la misma. Si la postmodernidad está incluida en la descripción que hace el SD de la “nueva evangelización”⁵ y considerada necesaria

¹ Cf. DC 104-07.

² DC 520.

³ Cf. DT 172-77.

⁴ Id. 283-85.

⁵ “Es el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para colocar el Evangelio en diálogo activo con la modernidad y los post-moderno, sea para interpelarlos, sea para dejarse interpelar por ellos” (SD 24e).

interlocutora de ésta, sería apenas obvio que también participase de los rasgos peculiares de la “cultura moderna” planteados en la promoción de una “nueva cultura” como vehículo de la “inculturación del Evangelio”⁶.

Pero el SD no pasa de insinuar un simple derrotero programático. A la complejidad que el estudio de la postmodernidad ha ido adquiriendo en los últimos 10 años apenas si aporta los criterios generales citados. Tan sólo enumera el documento las múltiples secuelas que la crisis de la razón moderna ha planteado al empeño por la cultura y en particular a la posibilidad de imaginar una inculturación del Evangelio.

A nuestro parecer, la ambigüedad del texto al caracterizar como “cultura cristiana” lo que otros apartes llamarán “inculturación del Evangelio”⁷ evidencia el problema que subyace en la totalidad del SD al tratamiento de la postmodernidad. No es del caso rememorar en detalle la discusión teológica que el tema suscitó entre los peritos y los obispos que fueron elaborando los diversos documentos escritos para preparar la Asamblea. Señalemos únicamente que ese camino fue, en suma, tan prolijo que desde entonces el evitar ser ambiguos constituye una mínima exigencia para que el discurso respectivo sea en verdad pertinente. Pero lo cierto es que impera un tal claroscuro en la cuestión que sólo cabe atribuir la falta de la claridad a que el SD prescindió del análisis de la posmodernidad que en su momento le proporcionaron los textos precedentes.

2. “El día del Señor llegará como un ladrón”⁸

Debía Santo Domingo congregarse -instaba Juan Pablo II en su discurso inaugural-

⁶“Tanto la modernidad... como la postmodernidad, en tanto que espacio abierto a la trascendencia, presentan serios desafíos a la evangelización de la cultura” (SD 252d; cf. 230).

⁷“Cultura cristiana”: Es el título mismo del documento, el objetivo de la introducción a la Segunda Parte (SD 22) y el título del capítulo III de la Segunda Parte. “Evangelización inculturada”: Es el sentido que en el “Mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe” tiene el ítem 4 del titular “III. Una esperanza que se concreta en misión”: “La cultura: Jesús ilumina con las Escrituras el camino de los hombres” (cf. nn. 18-22), y figura expresamente en el titular “IV. Líneas pastorales prioritarias” (n. 32); abre como subtítulo el contenido del capítulo III de la Segunda Parte (SD 230) y reaparece más adelante como “línea pastoral” en coherencia con la “unidad y pluralidad de las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas” (SD 243-51); hace parte de las “líneas pastorales prioritarias” que propone la Tercera Parte (“Jesucristo vida y esperanza de América Latina y el Caribe”): “3. Una evangelización inculturada” (SD 298-300), de la síntesis subsiguiente de esa Tercera Parte (SD 302.3), y aun de la “Plegaria” con que ella termina (SD 303.5).

⁸ 2Pe 3, 10.

“para perfilar las líneas maestras de una acción evangelizadora que ponga a Cristo en el corazón y en los labios de todos los latinoamericanos”⁹. Pero si “el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular (aunque) sí debe inspirarlas” no es tan patente por qué motivo sería posible llegar a llamar ‘cristiana’ una determinada cultura¹⁰. La idea que el discurso inaugural presenta a continuación -“la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad”¹¹ -deja ver un tinte más decididamente evangélico. Porque si el Reino de Dios es “levadura en medio de la masa” mal podría pretender la Iglesia superar con su presencia histórica -y por tanto, transitoria- la esencia misma de lo que ella tan sólo está llamada a inaugurar. Más escatológicas, con un sabor creciente a la resurrección de Aquel que “*sale al encuentro* de la humanidad que camina”... que “*comparte* el camino de los seres humanos”, que “*ilumina* con las Escrituras el camino de los hombres”¹², son las palabras con que la asamblea de Santo Domingo presenta el SD. Pues el Reino anunciado por el Mesías Jesús e irrupente en él proclama el señorío de Dios desde abajo: anonadado -dirá el apóstol Pablo; trigo que crece en medio de la cizaña- anotarán los Sinópticos.

Y es que el peculiar fraccionamiento de la cultura provocado por la posmodernidad no permite siquiera una mínima huella de triunfalismo en el propósito evangelizador de la Iglesia. Si todo lo humano está amenazado de ruptura -y “todo lo humano” incluye, es obvio, la acción de los cristianos en cuanto propia de hombres- vale más hablar de “perspectiva”, “interpelación”, “atenderemos a”, “acercarnos”, “entren ellos en diálogo”, “impulsar”... esa evangelización inculturada -como lo harán los Obispos ulteriormente al definir sus “líneas pastorales prioritarias”¹³.

Una verdad propia del mandato evangelizador es su universalidad pues “pretende llegar a toda cultura” y por eso “en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe... llegue a hacerse cultura” hasta lograr “una cultura cristiana... que sitúe

⁹ Cf. Discurso inaugural de Juan Pablo II, n. 5a.

¹⁰ Pueden consultarse los estudios recientes sobre “evangelización de la cultura” e “inculturación del Evangelio” realizados por H. Carrier en: *Lexique de la culture* (Pour l'analyse culturelle et l'inculturation), DDB, Tournai-Louvain-la-Neuve 1992, 161-70. 195-204.

¹¹ Cf. Discurso..., n. 20a.

¹² Cf. Mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe, III, 2.3.4.

¹³ Cf. SD 298-300.

el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción”¹⁴. Y otra verdad, no menos evangélica: Pentecostés “manifiesta... la diversidad cultural”, y “la cultura es cultivo y expresión de todo lo humano en relación amorosa con la naturaleza y en la dimensión comunitaria de los pueblos”¹⁵. Si en ambas afirmaciones reconoce la Iglesia una identidad para su misión evangelizadora de la cultura, ello significa que la instauración de una “cultura cristiana” constituye una meta escatológica, mantenedora de la comunidad creyente en esa tensión de futuro que la hace incondicionalmente crítica de los logros alcanzados por la colectividad humana en una latitud concreta. E incondicionalmente crítica de sus propios logros.

Incondicionalmente crítica, fiel al encargo que se le ha confiado. En términos neotestamentarios, humilde servidora -sacramentalizadora, significadora, simbolizadora- de quien es el Mesías de Dios, la piedra angular del Reino. No es ella el Enviado, es El quien quita el pecado del mundo. Una situación cultural, voluble y tornadiza como todo lo humano mientras en el hombre perduren las fuerzas disgregadoras de las tinieblas en pugna con la luz, no puede ser inocentemente calificada de cristiana, so pena de que el “ya” de la Iglesia devore al “todavía no” del Reino.

Y ni siquiera una coyuntura eclesial de paz: ¿ha existido alguna? ¿Puede existir en tanto los cristianos permanezcamos divididos en tres confesiones cuya reconciliación definitiva pareciera conformar otra realidad escatológica? Esa desconfianza o sospecha que mantienen los científicos sociales frente a cuanto obtenga el caminar de los hombres a través de los siglos, en los discípulos de Cristo pone de manifiesto su conciencia de la provisionalidad de cuanto sea generado por la humanidad y es consecuencia necesaria de una perspicaz observación de la historia misma que torna compasivo a quien la mira sereno.

Evangélicamente serena será la mirada de quien se sabe viajero a través de ese acontecer y por eso persuadido de que los cielos nuevos y la tierra nueva refieren, sin duda alguna, a realidades futuras, que llegan día tras día pero que aguardan la consumación del Reino, obra del Espíritu, el *dador de la vida*. Pues el Reino requiere, en efecto, de los esfuerzos persistentes de la empresa humana, pero no equivale a una simple sumatoria de ellos: es el esposo que llega al banquete de bodas en el

¹⁴ Id. 228-29; igualmente: Juan Pablo II, Discurso..., n. 24.

¹⁵ Cf. SD 229.

momento menos pensado, el ladrón nocturno que irrumpe intempestivo cuando el dueño de casa duerme desprevenido. En palabras de la asamblea de Santo Domingo:

“Creemos que Cristo, el Señor, ha de volver para llevar a su plenitud el reino de Dios y entregarlo al Padre (1 Co. 15, 24), transformada... la creación entera... Entonces Cristo recapitulará y reconciliará plenamente la creación, todo será suyo y Dios será todo en todos”¹⁶.

Pero, de nuevo, serían otros dinamismos en el contexto de la reunión de obispos latinoamericanos los que determinarían la concepción del documento SD. A lo largo de las sucesivas redacciones de las comisiones había sobrevivido la realidad de las culturas, su pluralidad:

“En la penúltima redacción la cultura era considerada a partir de los sujetos que se expresaban y hablaban por sí mismos. Se proponía la nueva evangelización a partir del otro y como un diálogo sin dominación. En la última redacción, la cultura se ve desde una perspectiva eclesial: se propone insertar la cultura cristiana en las otras culturas, que deben ser purificadas”¹⁷.

Y el contraste resulta cuestionador en la declaración de otra asamblea, esta vez la del III Congreso Latinoamericano de Evangelización, convocado por la Fraternidad Teológica Latinoamericana del 24 de agosto al 4 de septiembre de 1992 en Quito:

“Toda cultura está afecta por el pecado... Por lo tanto, todas las culturas están bajo el juicio de la Palabra. El Creador no debe ser confundido con su creación ni con cultura particular alguna. La revelación de Dios en Cristo trasciende a ambas y a la vez entra en relación con ellas para redimir las”¹⁸.

¹⁶ Ibid., 14.

¹⁷ Colectivo de Teólogos, para comprender Santo Domingo, Christus 662 (1993) 18.

¹⁸ Cf. Documentos: 5. Declaración de Quito, Presencia ecuménica 26/27 (1992) 53.

3. La misión eclesial: ¿inculturar el Evangelio? ¿Evangelizar la cultura o las culturas?

Si a cuanto ha sido puntualizado señala la utopía cristiana de lo cultural, “la inculturación del Evangelio es -en efecto- un imperativo del seguimiento de Jesús”¹⁹. Seguir a Jesús comenzó siendo empeño geográfico para los discípulos y se transformó en cultural: del primer ámbito al segundo deberá pasar toda evangelización de la cultura, dimensión complementaria de la precedente cuando trata la Iglesia de su única misión evangelizadora. Variado y diverso fue el modo como los primeros seguidores de Jesús se sumaron a él, el único Señor: los relatos evangélicos de la pasión y la resurrección lo reconocen sin ambages. Hay que salvaguardar entonces la unidad de la Iglesia y el pluralismo en sus modos de expresión cuando buscamos inculturar el Evangelio. Ya Pablo VI lo ponía de manifiesto desde 1977 al presentar como ejemplar el modelo pluralista ofrecido por las iglesias de Oriente en lo tocante a la no confusión de unidad y uniformidad. “La Iglesia -diría en su momento el Papa- acoge un tal pluralismo como articulación de la unidad misma”²⁰.

Resulta por lo menos curioso que sea un documento imprevisto en la rigurosa preparación de la IV Conferencia el que decida explicitar, señalándolas con el dedo al interior de la comunidad eclesial, las incidencias de la posmodernidad en nuestra vivencia histórica de la fe. Sin necesidad de que la *Secunda relatio* (SR)²¹ utilice un lenguaje de tipo académico, se advierte en ella el resonar de las voces de los científicos sociales que han venido ocupándose del asunto de tiempo atrás. Quienes hablan en la SR son las Conferencias Episcopales. Y les preocupa la Iglesia misma:

“Hay poco profetismo dentro de la Iglesia: existe un movimiento de involución, con retorno a estilos preconciliares en la acción pastoral y en la disciplina; se nota un nuevo conservadurismo eclesial y cierta centralización jerárquica”²².

¹⁹ Ibid., 13. El inciso es nuestro.

²⁰ Cf. Pablo VI, Alocución al Colegio Griego de Roma (1-5-77), Oss Rom. (22-5-77) 242-43.251.

²¹ Se trata de una síntesis de aportes al DC. publicada en febrero 1992. Sintetizaba las contribuciones de las Conferencias Episcopales y otros organismos de Iglesia sobre el DT.

²² SR, p. 85.

“Debe ser evaluado el que un sector de la Iglesia aparezca como poseedor de la verdad absoluta y se enseñoree de ella, llegando a excluir a teólogos, a obispos y a experiencias concretas de Iglesia que tienen un valor testimonial”²³.

“También se nota una Iglesia a la defensiva, autoritaria, triunfalista, autosuficiente”²⁴.

Sobra enfatizar la prioritaria necesidad de que la inculturación del Evangelio y la evangelización de las culturas (en plural) se inicien desde la entraña misma de la Iglesia. Los procesos que la postmodernidad ha suscitado en ella reclaman la atención de los creyentes. A menos que prefiramos ser provocadores del desencanto generalizado hacia cuanto tenga una mínima apariencia de monopolización de cosmovisiones... o propulsores -y destinatarios inconscientes- de una trivialización de lo religioso.

4. “Al servicio de la reconciliación”²⁵

La típica circularidad de cualquier aporte del discurso teológico nos conduce, en este caso, al tema ecuménico. Que un estudio precedente, y anterior a octubre 1992, había calificado de “convidado de piedra” a Santo Domingo²⁶. Los acontecimientos de la asamblea episcopal han confirmado los temores: allí el ecumenismo fue instancia de segundo rango²⁷. El texto mismo del SD lo acogió con alguna mayor amplitud respecto al DT²⁸. Pero ninguna concreta iniciativa de acción mutua sería

²³ Ibid.

²⁴ Ibid.

²⁵ Cf. 2 Cor. 5, 18.

²⁶ Cf. Echeverri A., El ecumenismo, ¿un “convidado de piedra” a Santo Domingo? *Theologica Xaveriana* 103, 1992, 413-428.

²⁷ “El ecumenismo es el gran ausente. Tal vez con dolor haya que afirmar que en Santo Domingo hay un retraso en esta materia con respecto al Concilio Vaticano II” (Colectivo de Teólogos, *Para comprender...*, 18).

²⁸ Compárense DT 298-99 y SD 132-35.

presentada en los capítulos de “Promoción humana” (II) y de “Cultura cristiana” (III) a pesar de las “líneas pastorales” definidas en el capítulo I:

“profundizar las relaciones de convergencia y diálogo...”

“intensificar el diálogo teológico...”

“alentar el estudio de la Biblia...”

“mantener y reforzar programas e iniciativas de cooperación conjunta en el campo social y la promoción de valores comunes”²⁹.

Y simultáneamente:

“La participación de hermanos de otras confesiones cristianas fue muy reducida (cuatro observadores protestantes y un ortodoxo) que no tuvieron oportunidades de intervenir”³⁰.

Queda claro: la debilidad de aportaciones críticas al mundo posmoderno reflujo en la debilidad del propósito ecuménico. O, mejor, si bien el SD retomó en su texto ese “escándalo de la división de los cristianos” denunciado por Vaticano II y del que -añadiría ahora- “*exige encontrar los caminos más eficaces para alcanzar la unidad en la verdad*”³¹, la precaria conciencia de la urgencia evangélica de tal coyuntura pone de manifiesto nuestra incapacidad de percibir que la fragmentación y la desintegración reveladoras de la posmodernidad cohabitan ya en la ecumene cristiana desde hace siglos.

5. “El respeto es siempre el respeto a la diferencia”³²

Lo ecuménico implica, pues, una apertura sin rodeos y desde dentro de la Iglesia al otro que es nuestro diferente-prójimo (prójimo). Acude a la memoria el “Elogio

²⁹ Cf. SD 135.

³⁰ Cf. Colectivo de Teólogos, *Para comprender...*, 14.

³¹ Cf. SD 132. El subrayado es nuestro.

³² Zuleta E., *Elogio de la dificultad*, en: *Ensayos selectos*, Autores antioqueños, Medellín, 1992, 12.

de la dificultad” que hiciera en 1980 un irreverente filósofo colombiano fallecido tres años atrás y quien fuera tildado por mucho tiempo de librepensador. Se advierte en sus textos una frescura interior que deja traslucir ese amor apasionado por la generación de una cultura que sea digna de llamarse humana. Los siguientes han sido párrafos entresacados del ensayo referido; son textos como éste los que deberíamos trajar con mayor frecuencia los estudiosos de la teología en nuestro medio:

“Aquí mismo, en los proyectos de la existencia cotidiana, más acá del reino de las mentiras eternas, introducimos... el ideal tonto de la seguridad garantizada, de las reconciliaciones totales, de las soluciones definitivas. Puede decirse que... nuestra desgracia no está tanto en la frustración de nuestros deseos, como en la forma misma de desear. Deseamos mal. En lugar de desear una relación humana inquietante, compleja y perdible, que estimule nuestra capacidad de luchar y nos obligue a cambiar, deseamos un idilio sin sombras y sin peligros, un nido de amor y por lo tanto, en última instancia, un retorno al huevo. En lugar de desear una sociedad en la que sea realizable y necesario trabajar arduamente para hacer efectivas nuestras posibilidades, deseamos un mundo de la satisfacción, una monstruosa salacuna de abundancia pasivamente recibida. En lugar de desear una filosofía llena de incógnitas y preguntas abiertas, queremos poseer una doctrina global, capaz de dar cuenta de todo, revelada por espíritus que nunca han existido o por caudillos que desgraciadamente sí han existido”³³.

“Lo difícil, pero también lo esencial, es valorar positivamente el respeto y la diferencia, no como un mal menor y un hecho inevitable, sino como lo que enriquece la vida e impulsa la creación y el pensamiento, como aquello sin lo cual una imaginaria comunidad de los justos cantarían el eterno hosana del aburrimiento satisfecho”³⁴.

El fenómeno de la postmodernidad que va carcomiendo como un virus inatajable esa racionalidad de nuestra cultura en cuyo ámbito parecía moverse de buen grado la misión de la Iglesia durante siglos, ha encendido la alarma en los últimos decenios. Y ahora señala, entre otros, al peligro de olvidar el mandato evangélico

³³ Ibid., 10.

³⁴ Ibid., 13-14. El subrayado es nuestro.

del diálogo. Hace ya casi 30 años un hermano mayor, cuando los vientos de Vaticano II estaban en su apogeo, se expresaba en términos que, mirados desde hoy, preludiaban lo que el pensador ya citado afirmaría luego en su estilo peculiar:

“La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra..., se hace mensaje..., se hace coloquio”.

“El diálogo de la salvación no se limitó a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido como tampoco a los resultados que conseguiría o que echaría de menos...”

“El diálogo de la salvación no obligó físicamente a ninguno a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor..., los dejó... libres para acogerlo o rechazarlo... Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada de coacción externa sino que solamente... ofrecerá su don de salvación...”

“Desde fuera no se salva el mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre..., hace falta compartir -sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible- las costumbres comunes..., sobre todo de los más pequeños, si queremos ser oídos y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, oír la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo... Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el momento mismo que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio”³⁵.

Y, finalmente:

“Para quien ama la verdad, la discusión es siempre posible”³⁶.

Se trata de Pablo VI quien por agosto de 1964 escribía así en la encíclica *Ecclesiam suam*, mientras se preparaba la tercera de las cuatro sesiones convocadas por la asamblea conciliar del Vaticano II. En medio de la tentación de autoritarismo que hacia el final del siglo XX acosa de nuevo a una Iglesia asustada ante la

³⁵ Pablo VI, *Carta encíclica “Ecclesiam suam”*, 06.08.64, p. 47, 51, 56.

³⁶ Id., 64.

descomposición postmoderna, vale la pena recordar las palabras de hombres como Estanislao Zuleta y Pablo VI: en el contexto que es propio de cada uno, ambas resultan imperativas para los creyentes.

A menos que corroborando la falaz tendencia neoconservadora de la postmodernidad, la Iglesia de Cristo nuestro Señor prefiera respaldar el decreto del emperador Justiniano a propósito de un texto sobre la Trinidad: “Aquellos que no piensan como nosotros están locos”. O patentizar su acuerdo con la reciente afirmación de J. Lacan: “... más que nunca... la fuerza de las iglesias reside en el lenguaje que han sabido mantener”³⁷.

³⁷ Cit. por E. Zuleta en: *Idealización en la vida personal y colectiva*, en: o.c., 34-35.